

FIESTA DE LA SIEGA EN EL PALATINADO DE SANDOMIR.

(POLONIA.)



La fiesta de la siega en Polonia.—Dibujo de Pauquet, sacado de un album polaco.
SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII. 22

En el palatinado de Sandomir, situado sobre ambas márgenes del Vistula, cuando se han segado los terrenos del señor propietario, los jóvenes de uno y otro sexo forman una corona de paja, en la que mezclan espigas de trigo, flores, bayas silvestres, nueces doradas y cintas de diversos colores. El día de la Asunción, desde el amanecer, colocan esta especie de corona rústica en las sienes de la joven que tiene mejor reputación. Las campanas suenan, y la joven premiada, acompañada por la gente del pueblo se dirige a la iglesia, donde pone su corona sobre el altar mayor. Después de la misa el sacerdote bendice la corona, y la comitiva, acompañada de instrumentos músicos, sale cantando y va a casa del alcalde, quien pone un gallo nuevo encima de la corona. Si el gallo canta, el júbilo de los concurrentes estalla en aplausos, porque es presagio de abundante cosecha para el año venidero y de la buena acogida que hará el señor propietario; pero si no canta ó no picotea con avidez las espigas, se quedan callados y están inquietos, temiendo un año de miseria y el mal humor del señor; mas tienen cuidado de elegir un gallo nuevo y brioso.

La comitiva se pone en marcha, y a la entrada del castillo del señor canta á coro:

«Abrios, puertas del castillo. Hemos acabado la siega en los campos del señor, y le hemos cogido tantas hermosas gavillas como estrellas hay en el cielo.

»Hemos preparado mil gavillas para el señor, mil para su esposa, diez mil para sus hijos é hijas, cien mil para sus huéspedes y un millon para el dinero de los comerciantes ingleses de Dantzic.

»Sal, señor, de las blancas murallas de tu castillo, y acepta la corona que adorna la cabeza de la joven, porque es la corona de las coronas: es de oro puro y no de trigo.

»Hemos merecido bien que nos recibas en tu palacio, porque nuestras cabezas se han quemado por el sol, nuestras manos se han cortado por la guadaña, nuestras rodillas están destrozadas de doblarse hácia la tierra, nuestros piés heridos por los rastros y nuestra espalda se ha envarado á fuerza de encorvarse sobre tus campos.

»Manda, señor, que la sangre de tus establos y apriscos corra como arroyos sobre el verde césped de tu patio y que los fuegos sean encendidos por los cuatro ángulos de tu territorio, porque una gran comida es necesaria para descansar de sus fatigas á los segadores.

»No olvides, señor, que un buey asado es bueno para calmar los dolores de la espina dorsal; una oveja, para las rodillas; una ternera, para los piés; un pato, un gallo y un ánsar para las manos, y el aguardiente y la cerveza para la cabeza abrasada por el sol.

»Señor, no te ocultes ya mas tiempo, porque estamos oyendo soplar de Cracovia un viento fuerte que, levantando las cortinas de las ventanas de tu castillo, nos permite ver tu presencia, semejante al sol que brilla en el cielo, la de tu esposa como una luna llena, la de tus jóvenes hijos y de tus señoritas, como centelleantes estrellas.»

En seguida se adelanta un orador y dirige al señor un discurso, ya en prosa ya en verso; después la música se deja oír de nuevo, y el señor, su esposa é hijos, distribuyen regalos á los trabajadores y trabajadoras que durante la siega se han distinguido mas por su asiduidad y celo.

La señora del castillo coge la corona de la cabeza de la premiada, y la pone sobre una mesa cubierta con un mantel blanco. La joven trabajadora recibe un regalo con una cantidad de dinero. Muy pronto los criados del castillo

sirven sobre grandes mesas asados y toda especie de platos; la cerveza y el aguardiente andan de sobra para los convidados, que toman asiento y son servidos con la misma atención que el señor y su familia.

Después de comer vienen las danzas: el señor abre el baile con la premiada, su esposa ofrece su mano al orador de la asamblea, y sus hijos, señoritas ó jóvenes, dando la mano á los trabajadores y trabajadoras walsan y bailan alegremente con ellos. La cerveza y el aguardiente no se escatiman, y la fiesta suele prolongarse hasta el amanecer.

EL AMOR

CONSIDERADO EN SUS RELACIONES CON LA FAMILIA Y EL CUERPO SOCIAL.

¿No hay nada de mas sublime que la primera sonrisa de la boca maternal! ¿no hay nada de mas cariñoso ni que mas tiernamente llene el alma de alegría que el primer beso del hijo nacido del seno de una madre amorosa! La que no es madre no puede comprender ese misterio purísimo, que penetra hasta lo mas profundo del corazón. El asesino, empedernido en el delito, el indio salvaje, el infeliz mas agobiado de miserias, el libertino, el avaro, el pródigo, experimentan todos el sentimiento del amor maternal; todos experimentan sus felices emociones. Las madres alimentan siempre el mas vivo y ardiente deseo de ver dichosos á los frutos de sus entrañas, á los hijos, que son una fracción, ó mas bien una reproducción de nuestro espíritu. Los hijos son un espejo, que refleja nuestra propia imagen; prolongan y perpetúan la vida del hombre, y enlazan una generación con otra. Las glorias de los antepasados dan fama y lustre á los nietos, y cuando vemos colgar de las paredes de nuestras casas los retratos de los abuelos, que se distinguieron por algun hecho memorable y grande, durante su peregrinación en este valle de amarguras, ¿no sentimos interiormente una conmoción profunda, que nos inspira veneración y respeto? ¡Ah! los padres con los hijos constituyen una gran unidad social, que ni aun acaba en el sepulcro. Así es, que en algunos pueblos el amor se perpetúa con la existencia de las razas, y un día de la semana lo consagran los vivos á la conmemoración de sus difuntos. Todos los viernes en Oriente y en las costas de Africa, las judías salen al romper el alba de sus viviendas con el pelo destrenzado, y van á derramar lágrimas sobre el frio mármol que encierra las cenizas de sus padres, hermanos y esposos. Aquel espectáculo es muy patético; despierta en la mente las reminiscencias mas tiernas de los afectos domésticos mas compasivos, y parece renovar las antiguas ceremonias lúgubres y funerarias de los hijos de Jacob, cuando los israelitas fueron un pueblo de elección. Durante mi permanencia en Berberia por los años de 1840, yo iba todos los viernes al cementerio de los judíos; presenciaba aquella escena patética y lúgubre, y volvía luego á mi casa con el alma penetrada de una compunción dolorosa y suave á un tiempo. En todos los pueblos y en todas las épocas la memoria de los antepasados quedó siempre grabada en el

corazon de las generaciones presentes; y en esta circunstancia voy á referir un hecho que he leído en una historia de viajes, un hecho que merece ocupar estas columnas. Un chino, que se paseaba en las afueras de Goa, habiendo visto el sepulcro de uno de sus cohermanos entreabierto, lleno de lodo y con un árbol silvestre, que levantaba sus ramas del pedazo de tierra que mediaba entre los dos lados del sepulcro, se paró con los ojos empapados en lágrimas y dijo: «Vendrán ahora volátiles y cuadrúpedos á remover tus cenizas, y ni siquiera podrás disfrutar la paz y el descanso de la muerte!» Pero volvamos al amor materno. Afecto, ternura, inocencia y un desinterés sin ejemplo constituyen ese amor. La madre mece sobre sus rodillas ó en la cuna á la prenda de sus entrañas; una cantinela monótona y suave dulcifica los oídos del tierno vástago, y la madre de vez en cuando le mira no con la avidez del avaro, que fija los ojos en sus tesoros, no con el deseo del que espera que sus miradas provoquen otras, producto de afectos caprichosos y poco delicados, nada de eso. La madre mira al hijo como á un ángel; le colma de besos cariñosos é inocentes, y experimenta mirándole una plenitud de afectos, que ni sabe ni puede explicar, porque tienen aquel tinte misterioso, que enlaza lo pasado con lo presente y lo futuro. Madres amorosas, vosotras sois las primeras á quienes la naturaleza confió los nuevos seres, destinados á eslabonar sucesivamente la gran cadena de las generaciones: vuestra será la gloria, y los venideros os bendecirán si habeis dado al mundo hombres virtuosos. Pero, si lejos de inspirarles sentimientos puros y de buena moral, les abandonais en el borascoso piélago de la vida, en ese piélago insondable que comenzamos á atravesar desde la niñez, vuestros mismos hijos maldecirán vuestra memoria. Cuiden los padres de la educacion de sus hijos, salidos de la infancia; pero en sus primeros años son sus educadoras las madres. El carácter flexible y naturalmente cariñoso del bello sexo, su ordinaria dulzura, sus insinuaciones y consejos, sin dureza ni rigor, podrán grabar en los tiernos corazones de los hijos la imagen santamente seductora de todas las virtudes. La mujer, que cumple con escrupulosidad los deberes de madre, la honesta matrona, la doncella púdica alegran los hogares domésticos: la mujer corrompida despoetiza el corazon; es para los hijos un objeto de escándalo; pervierte la inocencia de sus costumbres infantiles, y desmoraliza primero la familia y luego la sociedad.

El amor del padre no es menos puro y sublime que el de su querida consorte hacia los hijos comunes: ese amor constituye la grandeza y el lustre de las familias. El padre, que trasmite su propio nombre á los hijos, no puede separar los derechos de su paternidad de los deberes que el cuerpo social le impone: su amor no tiene por límites el angosto recinto de los hogares domésticos: su ámbito es mucho mas extenso: y el padre, fiador nato de sus hijos, tiene una especie de responsabilidad moral en todas sus acciones, porque los vicios que amancillan nuestra fama, y las virtudes, que la dan esplendor y brillo, son siempre, en mayor ó menor escala, un producto de la educacion esmerada, que hemos recibido de nuestros padres ó de su culpable abandono.

A ese amor verdadero y único sigue el de los hermanos, de por sí muy delicado, y que constituye tambien la unidad asombrosa de las familias. Una misma sangre les alimentó en el seno materno; un mismo padre les engendró; una misma sangre circula en sus venas. El amor fraternal la naturaleza lo reclama y exige. Los hermanos, pues, que

friamente se aman, y aun mas los que se odian, son rebeldes á sus santas leyes, y enemigos de sus mismos padres. ¿No será para estos un espectáculo muy lamentable; no les causará profundo dolor ver á las prendas de su alma en abierta lucha ó indiferentes á su mútua felicidad? ¿Creeis por ventura que el que huella las leyes de la naturaleza y sus sentimientos; que el que odia, en fin, á sus hermanos, podrá ser un amigo apreciable, un buen ciudadano? ¿Creeis por ventura, que ese hombre rebelde contra su propia sangre podrá ser pundonoroso y leal? ¡Ah, no! será siempre un réprobo indigno de vivir entre los hombres. — ¿No resuena dulce y cariñosamente el nombre de hermano en los oídos del mundo entero? Cuando queremos manifestarnos afectuosos y gratos con uno de nuestros semejantes ¿no le prodigamos el nombre de hermano querido? Si las cenizas de los padres yacen bajo la fría losa del sepulcro, su efigie estampada en tela ¿no despierta en el corazon de los hijos sentimientos patéticos y suaves? ¿Y no será para ellos un gran consuelo esclamar: «Nuestros padres han perpetuado en nosotros su memoria, amémonos como verdaderos hermanos?» Pero una triste experiencia nos enseña que son muchos los hermanos que se odian y aborrecen, y que su encono es casi siempre mas encarnizado y violento que el que media entre personas estrañas. Esto es cierto, y al propio tiempo muy lógico. El que falta á lo que la naturaleza reclama y exige, como el amor fraternal, revela una gran corrupcion de alma: su odio, pues, contra los hermanos será profundo, porque inmensa es la causa que lo ha producido, y en esta circunstancia no queremos pasar por alto, que el amor hacia los autores de nuestros dias y hacia los hermanos no es tan fuerte ni desinteresado como seria de desear, porque los sentimientos muy delicados, sublimes y grandes son lo que hay de mas raro en el mundo. Es de advertir por lo tanto que en el cuarto precepto de nuestra santa ley que dice: «Honrarás á tu padre y á tu madre,» va incluido tambien el amor fraternal, porque, como queda consignado, nada causa mas dolor á los padres que el espectáculo lamentable de ver á la hidra de la discordia, que agita y menca sus asquerosas cabezas para emponzoñar con sus miradas y su fétida baba los corazones de los hijos, alimentados y nacidos de una misma sangre. Pero la base y el fundamento de los amores, que constituyen la felicidad doméstica y ejercen un influjo mas ó menos directo en la pública felicidad, es el matrimonio.

Este lazo legítimo y santo, que convierte moralmente á dos personas estrañas en una sola; esta union tan antigua como el mundo, y á la que Dios bendijo despues de haber creado á los dos primeros individuos de nuestra especie; esta union misteriosa y singular, elevada por el Salvador á sacramento en la ley de gracia; esta union es la imagen viva de la sociedad. La culpa, pues, de los cónyuges infieles, que quebrantan sus juramentos, no tilda únicamente la pureza de su conciencia, sino que hiere de muerte á todo el cuerpo político, dando á familias no propias hijos estraños con grave perjuicio de los naturales y legítimos, cuyos bienes usurpan; y en atencion á que los nuevos seres, fruto del delito, no pueden tener responsabilidad ninguna de los desmanes muy censurables de sus ilegítimos padres, toda la culpa recae sobre estos últimos. Es de advertir, sin embargo, que no es una preocupacion del todo infundada la de que la opinion pública no coloque á un mismo nivel los hijos santamente procreados y los ilegítimos. Si abren los ojos á la luz del dia dos nuevas criaturitas, la una bien formada y completa, y la otra ciega ó manca, la primera

será siempre preferida á la segunda. La ilegitimidad no ofende físicamente al individuo; no mutila ni estropea sus miembros; pero es una marca indeleble, que recuerda á cada paso la culpa de los padres; y si es cierto que la fuerza moral es la que domina y dirige las opiniones, es mas cierto aun que un nacimiento ilegítimo afea al individuo. Así es, pues, que el hombre que nace con algun defecto físico, lamentará su triste suerte; pero el que nace á consecuencia del pecado, podrá quejarse con sobrada razon de sus padres.

Los amores escandalosos é impúdicos convierten á las familias en un lodazal de vicios abominables; y los padres, que se abandonan á ellos, no podrán poner freno, con serenidad de conciencia ni justo rigor, á los desmanes juveniles de los hijos, porque el mal ejemplo de sus costumbres licenciosas está en abierta contradicción con los principios de la buena moral. Ilustres varones y sábios eminentes dan á las familias el título lisonjero de SANTUARIO DOMÉSTICO; y nosotros, que juzgamos muy acertada esta comparación, nos atrevemos á afirmar, que un esposo ó un padre que no observan con escrupulosidad sus sagrados deberes, serán malos ciudadanos; y si ocupan cargos públicos, harán traslucir á cada paso en su desempeño los efectos funestos de sus bajas costumbres.

La paz doméstica, la fé conyugal, la fraternidad, serán nombres vanos para el juez, que no ha cumplido nunca estos deberes; y sus fallos en casos semejantes serán siempre el producto de contemplaciones morosas, de una mal entendida equidad, de una criminal indulgencia, de miramientos inoportunos, de amistades personales. Los desmanes de los cónyuges les atribuirá á caprichos pasajeros, á un efecto de la moda, y les calificará de culpas muy leves. Si los hijos no respetan ni veneran á sus padres, lo atribuirá todo al fuego de sus pasiones juveniles muy excusables. Lo que acabamos de consignar puede aplicarse tambien á todos los demás funcionarios públicos, porque sus depravadas ó buenas costumbres influyen muy directamente en corromper ó moralizar al pueblo. Pero volvamos á la santidad del matrimonio, nuestro principal argumento.

En los primeros siglos del cristianismo ese enlace se celebraba con todo el aparato que exige tamaño sacramento. El sacerdote decía á los que se acercaban al altar para desposarse y recibir su bendición: «Amados míos, el matrimonio, instituido por el Divino Maestro, es un gran misterio, porque recuerda la alianza augusta de Jesucristo con su Iglesia; y así como el Hijo de Dios se separó de la derecha de su padre para bajar á la tierra y unirse con su Iglesia, que ha elegido por esposa con el firme propósito de formar los dos un ser único, de la misma manera el esposo dejará á sus padres para vivir siempre con su esposa. Esta virgen, custodiada hasta hoy en la casa que la vió nacer, se enlaza espontáneamente con un hombre desconocido para que se trasformen los dos en una sola sustancia; y el hombre hace otro tanto, uniéndose á una mujer extraña para preferirla desde luego á sus amigos y á su propia familia. Mirad al padre de la doncella: nunca permitiría que un atrevido cualquiera osara privarle impunemente de la mas pequeña porción de sus bienes; y sin embargo, no con sentimiento, sino con placer, deja que se lleven á su hija, á su tesoro. Es cierto, pues, que San Pablo calificó con sobrada razon de gran misterio el matrimonio, que sujeta bajo su dominio á todos los afectos mas profundamente arraigados en nuestra alma, porque su institución se remonta hasta la Divinidad.

«El Ente Supremo ha dado á los cónyuges por tipo único y modelo la inefable union de Jesucristo con su Iglesia; ¡qué sublime doctrina! ¡qué medio poderoso de espiritualizar un acto, que fué para los paganos el inmundo solaz de sus impúdicos deseos! ¡Ah, el cristianismo es la religion regeneradora de la humanidad en general, y de la familia en particular!»

El pontífice en las Catacumbas hablaba á los nuevos esposos en esta forma: «No sé en dónde encontrar palabras muy expresivas para manifestaros todas las excelencias y la dicha de los matrimonios cristianos. La Iglesia forma esos enlaces; la ofrenda del Augusto sacrificio les confirma; la bendición del sacerdote les graba su sello; los ángeles son los testigos; el Padre celeste lo ratifica todo. ¡Cuán augusta es la alianza de los esposos cristianos! Alimentan unidos unas mismas esperanzas; elevan al trono del Altísimo unos mismos votos; es única la regla de su conducta; es mútua su dependencia; son un solo cuerpo, y sus almas se unifican. Rezan juntos, practican juntos los santos ejercicios, y su vida es un modelo de virtudes reciprocas. Entran juntos en el templo del Señor, y se acercan unidos al altar para recibir el pan de la eterna salvacion. Todo es comun entre los dos: los cuidados, las persecuciones, las alegrías, los dolores y los placeres. No median secretos entre ellos; no hay disimulo; cumplen espontáneamente todos sus deberes. Juntos visitan á los enfermos; juntos socorren á los necesitados; juntos educan á sus hijos para perpetuar la memoria de sus propias virtudes (1).»

¿Son estas las nupcias que hoy se celebran? ¿Hay matrimonios tan puros y santos? ¡Ah, no! Su recuerdo existe como una ligera sombra al través de los siglos, y únicamente está depositado en las páginas carecomidas de los códices antiguos. Hoy la santidad de esos enlaces sagrados se desprecia; los matrimonios se contraen por miras enteramente mundanas; se quebranta la fé conyugal con desenvoltura y serenidad. A la mujer púdica y virtuosa se la califica de beata y santurróna, cuya compañía fastidia y empalaga; al hombre que cuida de su familia y de la buena educación de sus hijos, al hombre que cumple con todos los deberes de consorte amoroso y de verdadero padre cristiano, se le convierte muy á menudo en objeto de burla. En este siglo corrompido una multitud de escritores ha llegado hasta la infamia de pregonar con insensatez la abolición del matrimonio y la comunidad de las mujeres, como ley fundamental de los Estados. Ha llegado á pregonar, en fin, como fármaco á todos nuestros males la prostitucion de todo el humano linaje.

El célebre Melchor Cesarotti, hablando de Sócrates y de su acendrada moral en la vida de los primeros *Cien papas*, esclama con santa indignacion: «¡Baldón y vituperio eterno para los cristianos, este espectáculo imponente de un pagano tan religioso!» Y nosotros, dando otra forma á estas mismas palabras sin alterar su sentido, ¿no podremos decir hoy con sobrada razon: «¡Eterna infamia á esos escritores mentecatos é impíos, que pretenden aniquilar el mas santo de los contratos, y el mas augusto de los sacramentos, respetado por los mismos salvajes del nuevo hemisferio!»

(1) Todo lo que acabamos de consignar acerca del matrimonio en los primeros siglos de la Iglesia, lo hemos entresacado de la obra muy recomendable del abate J. Gaume, titulada *Historia de la sociedad doméstica en todos los pueblos antiguos y modernos*. Véase página 15 y siguiente, tít. 2.º, Paris 1854 (en francés.)

El amor conyugal, ese lazo sagrado é indisoluble, nos da tambien la idea sublime y muy duradera de la amistad. Nosotros, pues, creemos que los verdaderos amigos deben ser considerados, bajo todos conceptos, como el apoyo mas sólido y consolador de las familias, y que son acreedores á exigir todos los testimonios de afecto y ternura debidos á nuestros deudos y allegados.

La naturaleza, que ha hecho al hombre esencialmente sociable, ha depositado en el fondo de nuestros corazones un irresistible deseo, que nos obliga de un modo muy terminante á comunicar á los que juzgamos nuestros amigos los pensamientos y hasta los secretos mas íntimos, que recelosamente ocultamos á todos los demás. Pero son muy pocos los amigos verdaderos, y su número es tan corto, que las Sagradas Escrituras, fuente de toda sabiduría, nos dicen: «El que ha encontrado un buen amigo, tiene un tesoro en sus manos.» César Cantú, hoy muy conocido por su *Historia universal*, penetrado de lo que acabamos de consignar, al hablarnos de los falsos amigos en una novelita suya, titulada *Cárlos Ambrogio*, escrita con el único propósito de propagar los sentimientos de la mas refinada moral, se espresa en esta forma respecto al disimulo y á la malicia de los hombres que se encubren con el manto de la virtud y que afectan amistad: «Cárlos Ambrogio, despues de haber dado atento oído á las palabras de uno de sus conocidos, que le exhortaba á tener una casa mas grande, exclamó: — ¡Ojalá tuviese la suerte de poder llenar esta, que os parece tan pequeña, de verdaderos amigos!» No prodiguemos, pues, indistintamente, y con ligereza, consideraciones afectuosas y testimonios de amor á los muchos que, con palabras insustanciales y protestas ridículas, se dan á sí mismos el nombre lisonjero de amigos leales y desinteresados: y tengan entendido los jóvenes, que este nombre tan augusto se emplea repetidas veces como instrumento para engañar á los incautos. En el abril de nuestros años todos creemos hallar indistintamente en cada uno de nuestros semejantes á un verdadero amigo, que pueda consolarnos, y tan luego como una triste experiencia nos demuestra lo contrario, acabamos en nuestra edad adulta por creer falaces y engañosos á todos los que se dan el título de amigos. Pero nosotros, aunque conocemos que son muy raros los ejemplos de una amistad leal y desinteresada en la sociedad corrompida en que vivimos, no titubeamos en afirmar que una desconfianza sistemática echa en el corazon del hombre los gérmenes emponzoñados del egoismo, y degenera con frecuencia en odio y desprecio de todo el humano linaje. Si nosotros, sin escepcion alguna, nos fijamos en la idea de que la palabra *amistad* es un vocablo de conveniencia social y siempre fermentido, pasando de consecuencia en consecuencia, acabaremos por convencernos de que nosotros únicamente somos los buenos: ilusion desventurada, y poderoso resorte que nos convertirá en egoistas orgullosos é insociables. Los que se abandonen á esta idea tan desoladora, llegarán á desconocer todos los deberes, persuadidos de que no tienen obligaciones que cumplir en beneficio de sus semejantes, que son todos malvados, y se ensañarán cada vez mas contra los hombres que no condesciendan con sus deseos y pretensiones, creyendo que á ellos únicamente, que son buenos, corresponde exigir el pleno cumplimiento de todos los deberes, y no á los demás, que se han separado del camino de la virtud. Esos hombres, que se dejan llevar en alas de su desconfianza y orgulloso egoismo, merecen ser comparados á un antiguo ateniense, que figura en la historia con el nombre de Timon. Persuadido de que

los hombres han sido siempre perversos, se regocijaba en su destruccion, y un día habló al pueblo en esta forma: «Señores, tengo en el patio de mi casa una higuera, que ha servido de horca á muchos que se han suicidado: tengo dispuesto cortarla, y os manifiesto mis intenciones antes de hacerlo, para que los que quieran ahorcarse se apresuren á verificarlo antes de perder esta buena proporcion.»

No podemos desprendernos de los parientes, á quienes nos ligan las leyes de la sangre; pero los lazos de la amistad dependen de nuestra propia eleccion. Debemos, pues, elegir nuestros amigos con mucho tino y refinado tacto; y debemos examinar de antemano su buena conducta y la pureza de sus costumbres é intenciones, porque si un buen amigo es verdaderamente un tesoro, los amigos perversos nos llevan al borde del abismo. *Dime con quién andas y te diré quién eres*, dice el refran. Los lazos de una amistad impura se quebrantan tarde ó temprano, y dan márgen á sinsabores que amargan la vida, porque dimanan de corazones corrompidos é incapaces por sí mismos de conservar lealtad y afecto. El principe de los oradores romanos y célebre filósofo, Ciceron, cuya fama ha llenado el mundo, y cuyo nombre nadie ignora, confirma nuestro aserto, y luego añade: «Ninguna de las sociedades es mas noble, ninguna es mas estable que la de los hombres virtuosos unidos por los lazos de una verdadera amistad.» No deshonremos, pues, el nombre sagrado de amigo, dándole á los que han empañado su reputacion con el libertinaje y sus corrompidas costumbres.

La amistad pura tiene en sí un carácter sublime, y el Redentor del mundo nos ha dejado el ejemplo mas brillante de ello en las palabras que dirigió á Juan y á la Virgen Santísima, antes de exhalar el último suspiro sobre el Gólgota, diciendo al primero: «¡Esta es tu madre!» Y á la segunda: «¡Mujer, este es tu hijo!»

Entre los verdaderos amigos, los derechos y deberes inherentes al hombre deben conservar una perfecta igualdad; y las palabras *tuyo* y *mío*, que manifiestan la separacion de intereses, deben ser borradas de sus corazones. Si nuestros amigos son ancianos, respetémosles como á nuestros propios padres; si no media mucha diferencia de edad, amémosles como á hermanos.

El gran centro de todos estos amores es el suelo que nos ha visto nacer; es la patria que nos ha servido de cuna. Su nombre, que resuena muy grato en nuestros oídos, no es una ilusion fantástica, como lo han supuesto algunos sábios y el cinico Diógenes (1), diciendo que la tierra es común á todos los hombres, y que por do quiera tenemos una patria. Este nombre muy dulce y lisonjero no es una idea pagana, como otros sábios lo han creído, sino grande y sublime, porque se enlaza con la idea de nuestros antepasados, con las primeras impresiones que hemos recibido en nuestra infancia, con la uniformidad del lenguaje y con la de las razas. El amor á la patria es tan fuerte, tan natural, tan profundamente grabado en nuestra alma, que adquiere proporciones cada vez mayores, que ensanchan su círculo. Si un habitante de esta península se traslada á Francia ó Italia,

(1) Cuando se intimó á Diógenes que saliera de Atenas, porque su repugnante cinismo era contrario á todas las leyes de la decencia y del pudor, dijo, acompañando sus palabras con el acento de la mas refinada sátira: «No soy yo el desterrado, viven desterrados los atenienses, que no tienen mas patria que la faja de tierra que habitan: mi patria es el mundo.»

considerará como verdaderos amigos y cohermanos á todos los españoles que encuentre en esos países que no son el suyo; si se traslada al Norte de Europa, le inspirará alegría y placer la vista de los que han nacido en las tierras meridionales de esta parte de mundo; y por último, si pasa de Europa al Asia ó al Africa, ó al nuevo hemisferio, considerará como hermanos á todos los europeos, que vivan en países tan remotos y distintos de los nuestros, cuyos habitantes no profesan generalmente nuestra religión, ni tienen leyes, costumbres y hábitos semejantes á los nuestros: cuyos habitantes, en fin, son hombres como nosotros, pero pertenecientes á razas que se diferencian de la europea. El amor á la patria se enlaza también con la idea majestuosa de las nacionalidades, y con el fervoroso y santo deseo de conservarlas en toda su pureza, en todo su lustre, en toda su independencia. He aquí por qué á un dominio extranjero, por muy bueno y justiciero que sea, se le juzga siempre ilegítimo, intruso y hasta intolerable: y á fin de que no se suponga que la grande idea de las nacionalidades es nueva, ó el producto de una larga serie de vicisitudes y acontecimientos políticos, no queremos pasar por alto que ha sido siempre la que mas ha dominado en todos los pueblos y en todos los países, bien fuesen bárbaros ó muy civilizados.

El habitante de los climas glaciales de Siberia, Laponia y Groenlandia, prefiere su choza ahumada á los suntuosos palacios de París y Londres; sus bailes grotescos, el desahogado y flébil sonido de sus instrumentos músicos, su canto monótono los prefiere á los armoniosos acentos de nuestro melodrama. En la historia de Rusia está consignado un hecho que merece ocupar estas columnas. Habiendo vencido Catalina II á los turcos en una batalla decisiva, los prisioneros musulmanes mas distinguidos fueron llevados á San Petersburgo. Catalina ordenó que se les tratara con respeto y muy regaladamente, y quiso que se les destinara un palco al lado del suyo en el gran teatro de la Opera. Pero los prisioneros, al presenciar la primera función, se manifestaron indiferentes y hasta pesarosos, y algunos de ellos no vacilaron en afirmar que toda la orquesta no era preferible á su música nacional, patética y no ruidosa, sencilla y sin aparato.

Vamos á hablar ahora de aquel amor en cuyo inmenso círculo van comprendidos todos los derechos y deberes; vamos á hablar de aquel amor, que comprende en sí todas las gerarquías sociales: vamos á hablar de aquel amor ilimitado y grande, que comprende el orden político, religioso y moral, sin excepcion de sexos ni de tiempos, sin excepcion de lugares ni de naciones; vamos á hablar, en fin, de aquel amor que todos debemos á nuestros semejantes. Ese amor no consiste únicamente en dar una limosna á los necesitados, como cree el vulgo necio, ó en decir á un pobre, si no tenemos para socorrerle: «Dios le ampare, hermano,» sino en proteger y tomar á pecho los intereses de todo el humano linaje, en contentar sus justos deseos, poniendo en juego todos los medios que están á nuestro alcance, en cooperar á su dicha. La práctica de ese amor, altamente social, su noble ejercicio, convierten al hombre en héroe; le convierten en un verdadero ángel de caridad. San Luis, rey de Francia, ve en las afueras de París, postrado en el suelo, á un pobre moribundo, le recoge en sus brazos y se encamina á la ciudad. «Señor, le dicen los cortesanos que le acompañan, ¿quereis recorrer las calles de París en esta actitud? — Si, quiero entrar en mi capital como cristiano.» San Luis ha sido el modelo de los monarcas, TESTAS CORO-

NADAS, no lo olvideis. Pio IX, pocos meses despues de haber ceñido su frente con la tiara, ve en un barrio de Roma á un pobre tambien moribundo, le recoge y ordena que se le suministren todos los socorros, y que se le lleve muy recomendado á un hospital. Le dicen algunos de su comitiva: «Santidad, es un judío. — Muy bien, ¿no son hombres por ventura los judíos?» Teodosio va á Milan y se dirige á la catedral: San Ambrosio, noticioso de la venida del emperador, sale fuera del templo vestido en hábitos pontificales, y dice á Teodosio: «No podeis entrar en este lugar sagrado, en esta mansion del Dios eterno, despues de los asesinatos de Tesalónica: lavad con vuestras lágrimas, con vuestro arrepentimiento, con vuestra penitencia las manchas de sangre que os cubren, y luego entrareis en el templo del Dios que perdona.» Nicolás de Rusia sube al Vaticano, y corre á la sala en donde Gregorio XVI le espera: el Pontífice mira al Czar; mira á ese autócrata de sesenta millones de habitantes; se compadece con dignidad de la triste suerte de los polacos; da testimonios de un sincero y profundo dolor al verles fieramente perseguidos y sacrificados, y pone término á su discurso con estas palabras muy memorables: «Majestad, llegará el día en que comparezcamos entrambos ante el tribunal de Dios para dar cuenta de nuestras acciones. Yo, cargado de años, os precederé; pero no me atreveria á sostener la mirada de mi Juez Supremo, si no hubiese defendido una religion que Dios ha confiado á mis cuidados, y que vos oprimís. Majestad, ¡meditadlo bien! Dios ha instituido á los reyes para que sean los padres y no los verdugos de sus pueblos.» Nicolás escuchó estas palabras mortificantes del Vicario de Cristo sin contestar, y salió del Vaticano *con le ciglia di baldanza rase* (1).

El amor hacia nuestros semejantes ha sido considerado en todos los tiempos como el mas firme sostén de la gran máquina social; pero los hechos que acabamos de consignar, nos dan á conocer que al cristianismo únicamente debemos su perfeccion y sublimidad. El precepto evangélico de que *no hagamos á los demás lo que no queremos que á nosotros se haga*; ese gran precepto ha llevado al terreno práctico la abolicion de la esclavitud; ha emancipado á la mujer, declarándola compañera del hombre y no su esclava; ese gran precepto ha encarnado en nuestros corazones el principio de que todos los hombres son iguales en campo raso, cualquiera que sea su condicion, su raza, su color; ese gran precepto ha sustituido la fuerza del derecho al derecho de la fuerza: ideas muy distintas y encontradas, porque la primera es el triunfo mas completo de la justicia, y la segunda la sancion mas terminante de la violencia, del despotismo, de la ferocidad; ese gran precepto, en fin, nos manda prodigar beneficios á nuestros mismos enemigos, porque pertenecen tambien á la humana estirpe. Los que viven para su desventura fuera del gremio del cristianismo, desconocen la importancia y necesidad del gran precepto evangélico y de sus aplicaciones en el sentido mas lato; y los antiguos paganos, cuyas creencias, fundadas en el error, daban rienda suelta á las pasiones mas ruines, prefirieron siempre sus particulares intereses y hasta su egoismo al amor debido á sus semejantes. El hecho histórico que ponemos á continuacion, confirma este aserto. El viejo de Goo, el ilustre Hipócrates, ese hijo primogénito de Escu-

(1) Esta bellissima frase de Dante no puede traducirse á ningún idioma con la misma fuerza y energía que dan brillo al texto original; pero su sentido es este: *con las cejas humildes y bajas.*

lapio, que visitaba con desinterés y entrañable afecto á todos los enfermos; Hipócrates, cuya filantropía y amor á la humanidad celebran tanto los antiguos escritores, no quiso trasladarse á Persia, afligida de una gran pestilencia, y rechazó con indignación las ofrendas y súplicas del GRAN REY (1), diciendo que no suministraría jamás los auxilios y remedios del arte á los persas, enemigos de su patria. Estas palabras, que nos ha transmitido con gran boato la docta Grecia, calificándolas de rasgo heroico, muy patriótico y sin ejemplo, ¿no son tristes y desoladoras para la humanidad? ¿no son el mas claro testimonio de que se daba entre los helenos una preferencia muy decidida á las iras y rivalidades nacionales contra todos los derechos mas sagrados que reclama la fraternidad universal? ¡Ah, nuestra civilización se ha adelantado mucho á la de Grecia y Roma; y aunque nuestras leyes, instituciones y costumbres están muy lejos todavía de la perfección, no son tan excesivamente viciosas como las de Grecia y Roma! Esto es muy cierto, y nos parece muy del caso advertir, en esta circunstancia, que nuestros progresos y adelantos sociales son en gran parte una consecuencia del amor hacia nuestros semejantes, llevado hoy con mas ahínco que nunca al terreno práctico. Las grandes reformas introducidas en la administración de la hacienda pública de los Estados, la fundación de nuevos colegios para la instrucción de las clases proletarias, las reformas políticas y legislativas en general, y con especialidad las innovaciones mas útiles en los procedimientos penales y el sistema penitenciario, ¿no las debemos todas al mucho desarrollo del amor hacia nuestros semejantes? Esas reformas é innovaciones tienden muy directamente á mejorar nuestra existencia, y los gobiernos de distintos países las han promovido y llevado á cabo para satisfacer las exigencias y necesidades de la época, esto es, por las consideraciones y el amor debidos á nuestros semejantes.

Todo lo que acabamos de exponer nos demuestra suficientemente la mucha importancia de ese amor en todas sus aplicaciones, y si queremos fijar la atención en los ejemplos que ya conocen los lectores, podemos afirmar desde luego que ese amor adquiere mas interés y extensión si lo practican con rectitud y celo los gobernantes y los que ejercen un influjo mas directo en el orden social, porque los grandes actos de filantropía y amor, que practican con espontaneidad los personajes, que por su elevada posición se atraen las miradas del público, son comparables en un todo á los rayos resplandecientes del astro alumbrador del día, que con su luz da realce, brillo y colorido á todos los objetos.

No ignoramos que existen aun en estos tiempos arbitrariedades, malas instituciones, leyes tiránicas y abusos muy contrarios á los intereses de todas las gerarquías sociales; no ignoramos que para baldón del humano linaje existen esclavos, cuyo estado lamentable compadecemos; pero el amor hacia nuestros semejantes necesita, como las demás virtudes, el beneficio de los años y tambien de los siglos, para desarrollarse en mayor escala. ¿No han desaparecido hoy los suplicios atroces, que presenciaron con horror nuestros antepasados? ¿Disfrutaba nuestra aristocracia de aquellos privilegios bárbaros é injuriosos á la humanidad, que llegaron á convertir en semi-dioses á los señores feudales? ¿No ha desaparecido el tormento de todos los códigos de la moderna Europa? ¿No han franqueado las puertas á la libre discusión nuestros gobiernos representativos? ¿No son los periódicos y la libertad de imprenta, á

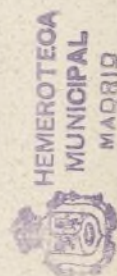
pesar de los defectos muy radicales de que adolecen, un gran correctivo contra los abusos del poder? ¿No han perdido la administración de la justicia y la diplomacia aquel tinte misterioso é inquisitorial, que inspiraba á cada paso recelos profundos y temores? Todos estos beneficios los debemos sin disputa á la grande idea del amor hacia nuestros semejantes, á esa grande idea que, infiltrándose paulatinamente en todos los corazones, ha llegado á quebrantar las barreras en que estaban atrincherados el egoísmo y la tiranía. No queremos, por último, dejar de advertir dos cosas muy importantes: primera, que viciada la humana estirpe por la culpa de nuestros primeros padres, puede aspirar únicamente á reformas é innovaciones útiles y no á la absoluta perfección, propia de los espíritus celestes, porque los hombres no pueden convertirse en ángeles. Segunda, que la grande idea del amor hacia nuestros semejantes, aunque de por sí muy civilizadora, necesita á su vez el auxilio y el apoyo de las demás virtudes sociales, que cooperan á darla mas fuerza y ensanche, como la estricta observancia de los preceptos de la mas acendrada moral y de los dogmas religiosos, que ejercen un influjo muy directo sobre nuestra vida pública y privada, inclinando los ánimos á la piedad, á la moderación, al espíritu de tolerancia, que inspiran sentimientos delicados y compasivos y nos inducen á amar á los demás como á nosotros mismos.

La palabra *amor*, se aplica en el sentido mas vulgar á los obsequios casi siempre necios y ridículos que prodigan los mozalvetes al bello sexo, llevados en alas de sus miserables é impúdicas pretensiones. Pero esa misma esa palabra, tomada en su verdadero sentido, es la palanca que mueve y da vida no solo al mundo físico, perpetuando las generaciones y estrechando los lazos mas sagrados de parentesco, sino tambien al mundo moral, inspirando actos generosos, magnánimos y grandes en nuestros corazones.

En la latinidad clásica, los afectos mas delicados, los rasgos de mucha filantropía, el amor mas puro, se espresaban con la palabra *CARITAS*; y esta palabra, trasladada hoy á nuestros idiomas modernos ¿tiene por ventura un sentido distinto del antiguo? ¡Ah no! espresa tambien lo propio en las lenguas neo-latinas. Decimos, pues, si queremos sancionar con nuestra aprobación algun acto beneficioso para el pueblo: *¡Es un gran rasgo de caridad patria, es la verdadera caridad pública!* Y en esta coyuntura no queremos pasar en silencio, que los griegos y latinos aplicaron á las tres Gracias el nombre de *CHARITES*, para darnos á entender que nada inspira tanta alegría en el fondo del alma como el amor, que lejos de limitarse á los deleites sensuales de uno y otro sexo, abraza todo lo creado en beneficio de los seres que pueblan el globo que habitamos. Cuando Sócrates vistió á las Gracias con un largo ropaje, y no las representó desnudas como lo habian hecho ya todos los demás escultores, quiso dar á entender tal vez á los griegos, sus compatriotas, que aquellas tres diosas eran el emblema mas elocuente no de la lascivia, sino del amor puro, que da vida al mundo y ensancha las relaciones de caridad y afecto mútuo entre los hombres.

Sábios de gran nombradía, como el Estagirita, insigne maestro de Alejandro-Magno, y otros muchos escritores antiguos y modernos, sujetando á un examen muy detenido todas nuestras pasiones mas perversas ó generosas y grandes, las han reducido con sutileza de ingenio y sana crítica á dos únicamente: el amor y el odio. El primero sirve

(1) Dábase este nombre á los monarcas de Persia.



de base y punto de partida á todo lo bueno; el segundo fomenta los instintos mas ruines y perversos; el primero da fuerza y energia al cuerpo político y alegra los hogares domésticos; el segundo allana el camino á la ira, á la venganza y á los actos mas inícuos, sin reparar en los daños que va á producir; el primero da al mundo animacion y vida, y tiende á reforzar los lazos de familia, y de una fraternidad universalísima entre todos los hombres; el segundo ataca de frente todas las virtudes; huella todos los derechos; viola todos los deberes; convierte á los hombres en seres malélicos, y tiende muy directamente á quebrantar todos los lazos domésticos y sociales. Amémonos, pues, mutuamente, y no perdamos nunca de vista que el amor hácia nuestros semejantes redunda siempre en nuestro beneficio, porque nos granjea las voluntades, y nos hace

acreedores á su gratitud, único fármaco que puede aliviar los males que nos abruma en este valle de miserias.

SALVADOR COSTANZO.

HIPOLITO BELLANGE.

I.

LA INFANCIA.

Si el estilo es el hombre, fácil es conocer á Hipólito Bellange estudiando sus obras.



Bellange, retrato del natural, por J. A. Beaucé.

A primera vista se ve el modo de proceder de su pincel famoso, audaz y temerario.

José Luis Hipólito Bellange, ha nacido con el siglo algunos días despues; es decir, el 16 de febrero del año 1800

excelente época para el nacimiento de un pintor de batallas.

En efecto, desde 1792, la Francia se batía en todas partes. Las paces no eran mas que armisticios. A vista de pájaro la Europa no presentaba mas que un vasto campo de

batalla donde á manera de regimientos, los pueblos combatían contra los pueblos. Los campos eran campamentos y las ciudades cuarteles generales.

Si es cierto que en la infancia del hombre se veía su edad mas avanzada, Hipólito Bellange revelaba desde



Episodio de Waterloo.—Dibujo de J. A. Beaucé sacado de una acuarela de H. Bellangé.

niño que debía de ser un gran pintor de batallas. Jamás ha podido desde que tuvo fuerza para poder coger una pluma ó un lápiz, dibujar una cabeza sin adornarla de un schakó y de un floreciente par de bigotes.

Pintaba bigotes en las mamás de los niños y de las chicas.
SEGUNDA SERIE.—1865.

quillas, y en cuanto á los ojos jamás les ponía en su concepto bastante fuego y animación.

Creería haber cometido una falta si al pintar una cuna un ángel ó una virgen, no pintaba entre sus accesorios algunos fusiles, cañones y condecoraciones militares.

AÑO XXIII. 23